

Fenomenologías anticolonialistas de la Primera Intifada (1987). El camino que iluminó la sublevación; circunstancias convergentes y ulterior desenvolvimiento del conflicto

Anti-colonialist Phenomenologies of the First Intifada (1987). The path that illuminated the uprising, converging circumstances and subsequent development of the conflict

Alejandro Piñuela de las Heras

RESUMEN

Las postrimerías del año 2023 arrastran consigo desde Oriente Medio una lastimosa melodía, ya tristemente asimilada en la siempre aletargada conciencia occidental. Esa misma melodía, de resonancias familiares en las tierras de las que surge, se trata, en términos pragmáticos, de una fórmula pergeñada en los últimos decenios del siglo XX; concretamente en 1987. A lo largo del presente artículo se pretenderá dotar de significado empírico-teórico a una premisa: que el pasado, per se, no es siempre regresivo, y que, consecuentemente, del mismo afluyen modelos comportamentales que, sino emanan directamente en el presente, sí proyectan sobre él una suerte de directrices formulares; patrones que permiten, cuando menos, construir un trazado histórico tendente a dotar de sentido, conocimiento, fundamentación o – más raramente-, verdad, a una concreción factual que, una vez sucedida, se engarza en el curso de la Historia como el mismo enjambre de acontecimientos que se solaparon para su misma materialización. En un ejercicio de sutil persecución hacia dichos acontecimientos, las subsiguientes líneas propondrán una serie de comienzos; despertares que representaron cambios significativos y que nacieron bajo las luces o las sombras de procesos históricos formidables. De este modo, mediante el empleo de las premisas teóricas apuntadas, se procurará la reconstrucción histórica de una serie de procesos particulares que desembocaron en la Primera Intifada de 1987, cuya trascendencia se proyecta hacia nuevas fenomenologías hoy plenamente vigentes. Sólo con el examen de la impronta causal de ese “primer” despertar colectivo, podrán encontrarse instrumentos para comprender la raigambre idiosincrática de la barbarie contemporánea.

Palabras clave: Historia Oriente Medio; Conflicto árabe-israelí; Primera intifada; Colonialismo; Consecuencias políticas.

Alejandro Piñuela de las Heras

Universidad Autónoma de Madrid | Madrid | España. alexpinuelhe@gmail.com

<https://orcid.org/0009-0005-9004-318X>

<http://doi.org/10.46652/pacha.v5i13.245>

ISSN 2697-3677

Vol. 5 No. 13 enero-abril 2024, e240245

Quito, Ecuador

Enviado: enero 26, 2024

Aceptado: marzo 29, 2024

Publicado: abril 14, 2024

Publicación Continua

ABSTRACT

The final moments of the year 2023 bring with them from the Middle East a mournful melody, already sadly assimilated in the ever-languid Western consciousness. This same melody, with familiar echoes in the lands from which it arises, is, in pragmatic terms, a formula devised in the last decades of the 20th century, specifically in 1987. Throughout this article, an attempt will be made to provide empirical-theoretical significance to a premise: that the past, per se, is not always regressive, and that, consequently, from it flow behavioral models that, if not directly emanating in the present, project onto it a kind of formulative guidance; patterns that allow, at the very least, constructing a historical framework aiming to give meaning, knowledge, foundation, or—more rarely—truth to a specific fact that, once it has occurred, is embedded in the course of history like the swarm of events that overlapped for its materialization. In an exercise of subtle pursuit of these events, the following lines will propose a series of beginnings; awakenings that represented significant changes and were born under the lights or shadows of formidable historical processes. Thus, astride the outlined theoretical lines, an attempt will be made to paint a historical vestige that today appears reformulated in its inherent specificities; a path that, flanked by a series of particular processes, led the Palestinian people to the first uprising: the First Intifada of 1987; as well as the birth of phenomenologies that, thoughtfully, would shape the historical course in the same way they continue doing today. Only by tracing the causal imprint of such a profound social awakening can we better understand the idiosyncratic root of contemporary barbarism.

Keywords: Middle East History; Arab-Israeli conflict; First Intifada; Colonialism; Political consequences.

Introducción

Conceptualización teórica de la premisa de estudio

El presente artículo pretende arrojar luz sobre una correlación de hechos y circunstancias que, con honda impronta inspiracional, calaron lentamente en la conciencia del pueblo palestino, asimilándose paulatinamente por parte de una sociedad sometida a un *statu quo* que *per se* la condenaba al ostracismo y a la confusión. En este sentido, se antoja inmanente a la satisfacción, cuando menos parcial, de la premisa, efectuar la exposición de una serie de prácticas -en particular las de corte colonial- acometidas por parte de Israel sobre las poblaciones confinadas en los territorios ocupados desde 1967, pudiendo así, proceder a una mucho más precisa contextualización de la sublevación acontecida a finales de la década de los 80 -la primera intifada-, y las subsiguientes consecuencias políticas, morales, e incluso religiosas, que con ella – bien de forma simultánea, bien consecutiva- se desencadenaron. Este no es, no obstante, un estudio exhaustivo – por su propia naturaleza no podría serlo- de todas las circunstancias que las distintas historiografías involucran en el seno de la gestación de un proceso que, a juicio de este autor, reviste una consustancial estructura poliédrica, que permite de hecho, acometer sobre ella análisis diferenciales desde una cuasi infinita multiplicidad de prismas.

Esta peculiar naturaleza de la fenomenología que aquí se analiza, ha valido para, históricamente, articular diversos discursos; muchos de los cuales han sido empleados para satisfacer una determinada “historiografía nacional”; esto es, poner al servicio de un determinado relato, una pretendida “verdad histórica”, ajustando de hecho la misma a las pretensiones del empleador. Precisamente porque ese pasado al que la historiografía nacionalista se remonta, casi con inquietud evocativa, es recurrentemente reinventado para hacer valer su impronta histórica de modo que

ésta resuena e influya en el presente, el artículo trata de alejarse de este tipo de reconstrucciones, en tanto en ningún modo se ajustan al objeto de estudio (Pappé, 2007, pp. 32, 33). Tampoco pretende este estudio reunir un elenco exhaustivo de hechos históricos tendentes a alumbrar sin más un segmento periodizado. Ciertamente, nótese, que la aproximación histórica permite la invocación de hechos que por sí mismos, resultan relevantes al objeto de llamar la atención sobre una o varias circunstancias que, correlativamente, pueden analizarse o comprenderse bajo el mismo paradigma. Y esta argumentación -auspiciada por el contenido presentado en el resumen-, podría llevar a inducir, por tanto, que la pretensión del análisis es en última instancia comparativa, cuando tampoco es este el plano en el que se imbrica la aproximación de este artículo.

La Historia en tanto que disciplina científico-empírica – y con ello se adelanta quizá una parte de la instrumentación teórico-metodológica empleada para la estructuración del presente texto- se presta a una asimilación asociativa; esto es, a recabar una serie de hechos históricos, de sucesos pasados relevantes o relatos que se presenten a una interpretación afín al objeto de estudio concreto, que, constituyendo en sí mismos un fin analítico propio, puedan emplearse igualmente como medio para ilustrar una circunstancia que se preste a una asociación hipotética que sirva a los efectos de comprender mejor un determinado paradigma.

Marco fáctico-cronológico

Es cierto que el año de 1967 marca un momento clave para la historiografía del conflicto palestino-israelí; fue ésta la fecha en la cual se desató la contienda que culminaría con la ocupación de los territorios de la Franja de Gaza y de Cisjordania; una ocupación, la propia historia nos lo confirma, que va mucho más allá de los parámetros de acotación que la legislación internacional contempla -provisionalidad, no deportación de la población ocupada, satisfacción de unas determinadas condiciones, etc.-. No sería oportuno abordar un marco cronológico tan amplio en un estudio cuya naturaleza sustantiva es, de facto, limitada. Sobre la ocupación palestina se ha escrito una abundantísima y, por qué no decirlo, polarizada literatura, de conveniente revisión para conformar una postura de conocimiento sólido acerca de la problemática.

La década de los 80 del pasado siglo fue, para el territorio de la Palestina histórica, una continua sucesión de terribles acontecimientos que, progresiva y cumulativamente, fueron gestando una conciencia muy particular en las gentes pobladoras de los territorios ocupados de Gaza y Cisjordania (Roy, 2016). Esa conciencia desembocó en la primera intifada de diciembre de 1987, una fórmula ya utilizada en los movimientos de base del mundo árabe, y una consecuencia histórica que hoy, para la mayor parte de los historiadores, aun respondiendo a diferentes discursos, se presentó como el brutal desencadenamiento de una reacción profundamente investida por una lógica inevitable. Esta sublevación supuso la interrupción, si bien temporal, de lo que una importante corriente sociológica ha optado por denominar la “anexión sigilosa”; una práctica que en última instancia comprendía un proceso de incorporación territorial – no demográfica- en favor del Estado de Israel (Pappé, 2007b, p.320 y Shlaim, 2014). Un proceso que servía para cumplimentar con éxito los parámetros teo-ideológicos del sionismo primitivo, al menos los concernientes al compromiso mesiánico del establecimiento de una Gran Israel.

Este estudio pretende llamar la atención sobre una concatenación de sucesos correlativos que, sin perjuicio de que hundan sus raíces y prolonguen sus ramas sobre cronologías más amplias, tuvieron lugar en la década de los 80 del siglo XX, y para cuyo examen serán dispuestos sobre una suerte de estructura piramidal; esto es, delimitada en el desarrollo de cuatro trayectorias históricas concomitantes que ascienden hasta converger:

- La política colonial de Israel, en particular su exteriorización en una serie de prácticas estratégicas que acontecieron o se desarrollaron principalmente durante el marco temporal fijado;
- La invasión israelí del sur del Líbano como fenomenología que sirvió de inspiración a la ulterior sublevación;
- El surgimiento de un islamismo político como el meta-fenómeno de una nueva conciencia, que consecuentemente nos lleva a:
- La intifada de 1987; aspectos peculiares de una sublevación que se sostiene en el imaginario temporal del pueblo palestino.

Por supuesto este estudio no aborda en profundidad ninguna de las cuestiones planteadas. Su mera pretensión es reunir un elenco de fenómenos históricos que guardan una endógena relación de causalidad los unos con los otros, y que, en el marco de ese funcionamiento asociativo de la Historia antes mencionado, permiten una mejor y más aguda comprensión de un paradigma que se expande hasta el mismo momento en que estas líneas están siendo escritas (diciembre de 2023).

Para finalizar esta introducción, se considera conveniente advertir al lector de una muy determinada pauta aproximativa respecto al enfoque historiográfico manejado. La multiplicidad de enfoques adoptados para construir las dicotómicas historiografías de Israel/Palestina, que en infinitas ocasiones han traslucido más arbitrariedad que veracidad, al servicio de la caprichosa interpretación de historiadores comprometidos más con una causa ideológica subyacente que con un rigorismo metodológico, traen consigo una notoria dificultad para preseleccionar un enfoque historiográfico del que partir para la construcción de un relato desprovisto de todo apasionamiento nacionalista. Este artículo no suscribe ideologías políticas ni las pretende; no adopta un enfoque concreto para hacer un ejercicio apologético respecto de un ideario o un relato histórico parcializado – y la mayoría de las veces demasiado adulterado como para ser admitido. El análisis se remonta a una serie de hechos. Y utiliza esos hechos en tanto que desencadenantes de una espiral de violencia arbitraria y manifiestamente irracional, para explorar una serie de inobservancias al respecto de unos derechos humanos básicos, de los que una población dada ha sido históricamente desposeída.

No se pretende en ningún caso justificar forma alguna de violencia, simplemente ubicar la misma en un contexto; explicarla, si se quiere, a la luz de unos acontecimientos de incuestionable rigor histórico. A partir de esta premisa, se ha optado por partir de una historiografía que explora con mayor detenimiento estas cuestiones, alejándose de proposiciones más remotas, que poco plantean una incidencia práctica sobre el objeto de estudio: se trata de la corriente de los llamados “nuevos historiadores de Israel”; se advierte al lector de la idoneidad para el estudio de estas cuestiones de autores como Pappé, Shlaim, Noam Chomsky, Tamari, Zertal (1998) y Eldar (2007), o Tessler. Varias obras de estos autores han sido manejadas para la confección de este texto.

Metodología

Con ocasión de la introducción, numerosas consideraciones teóricas han sido ya oportunamente perfiladas, pues en sí formaban parte intrínseca de la conceptualización misma de la temática que aborda la presente disertación. Algunas de tales consideraciones, coadyuvan a la fijación de un marco teórico sobre el que componer un relato histórico-sociológico, elaborado en virtud de un riguroso instrumental, que es precisamente el objeto de consideración en este apartado. La metodología seguida para estructurar este trabajo será expuesta en atención a los diferentes enfoques epistémicos que han sido contemplados para procurar una cierta transversalidad al relato, sin abandonar, en cualquier caso, un rigor efectista que optimiza la científicidad expositiva.

A la hora de abordar -a priori- la consideración metodológica óptima para servir al propósito exploratorio, se barajó, como punto de partida, la interdisciplinariedad, como proposición omnicompreensiva capaz *per se* de enriquecer el ánimo perceptivo del relato. Pronto se concluyó oportuno no dotar a dicho método de una hermeticidad susceptible de abocar al proyecto a un científicamente denostado “sintetismo metodológico”, y por ello se optó por la transdisciplinariedad, como sustitutivo idóneo para emprender una construcción epistemológica de mayor amplitud. La transdisciplinariedad introduce un cambio, una evolución y un perfeccionamiento. No supone inobservar o desoír por completo los pormenores sistemáticos o formales de la interdisciplinariedad, sino que aborda sus proposiciones con un enfoque *in abstracto*: propone que las distintas disciplinas cuya cooperación ha lugar, adopten un idéntico método de investigación, que se pronuncien, en general, sobre un mismo paradigma, generando así una confluencia procedimental que asegure la consecución común de las hipótesis planteadas (Bottomore, 1983, pp. 11-13; Caldach Cervera, 2003, pp. 24-25).

Invocado ya el constructo teórico iniciático, y teniendo en cuenta que el trabajo pretende acometer un ejercicio exploratorio respecto a una serie de sucesos históricos, se procedió a instrumentalizar para tal efecto un apropiado enfoque metodológico en el seno de la disciplina histórica, habida cuenta de sus profundas especificidades. Se tomaron en consideración discusiones del concepto de posmodernidad y las críticas que se hacen a la historia como la verdad incontestable de nuestro pasado. La verdad es un producto discursivo y por tanto relativo; una noción que cualquier investigador sobre Oriente Medio ha de tener muy presente. En este sentido, Jenkins

menciona que “El pasado como historia siempre ha estado y siempre estará necesariamente configurado (...), leído, mitificado e ideologizado en formas que nos resulten convenientes” (2006, p. 132). Partiendo pues de la subjetividad de las proposiciones, emerge una predisposición a descalificarlas y precisamente por ello es vital enfocarse en la metodología, para que sean, por lo menos, verificables. Dentro de este marco, se optó a priori por un método apragmático, basado en la Metodología de la historia de Jerzy Topolski (1984). Este enfoque abarca generalidades históricas, afirmaciones históricas y generales y el concepto totalizador de narración.

En algunas de las problemáticas que serán tratadas, aun cuando este enfoque ha sido desplazado del constructo teórico principal, se ha optado por adoptar el método dialéctico, por resultar el mismo idóneo para asegurar al investigador un proceso constante de confrontación de la cada vez más (des)conocida realidad histórica, a partir de los datos recopilados, clasificados, interpretados y posteriormente reestructurados.

En lo concerniente al manejo de fuentes y su ulterior interpretación textual y hermenéutica, hemos de sentar como considerando esencial que, para la elaboración del presente texto, se ha optado mayoritariamente por el recurso a fuentes secundarias. Fijada esta circunstancia y sin perjuicio de esta, conviene mencionar que, en muchas de las obras consultadas, los autores manejan un importante caudal de fuentes primarias para elaborar sus relatos, fuentes cuya referencia ha sido objeto de consulta para la confección del presente. Siguiendo a Łobocki (2005), y su rica distinción metodológica para la interpretación de los textos, cabe mencionar que se ha optado por la técnica heurística, entendida esta como el método consistente en “explicar, presentar y reflexionar sobre los textos”. Parte pues de una dimensionalidad más amplia que la fenomenología, hasta el punto de ser entendida como “el arte de comprender el sentido de diferentes planos de la realidad” (Wysocka, 2004).

Para concluir con estos breves apuntes sobre la metodología empleada, se ha considerado esencial llamar la atención sobre el hecho de que el estudio no cuestiona, o no lo hace a priori, la lógica estructural de cada proceso histórico analizado en sí mismo. Es más, parte de dicha lógica, de la reafirmación de la entidad transformadora de cada proceso en el conjunto de un relato historiográfico común, pero poniendo inmediatamente el mismo al servicio de una modelización teleológica, que es en realidad una mera prestidigitación teórica para ilustrar un concepto: la continuidad histórica de una serie de procesos transformativos que tuvieron su génesis en un marco temporal y espacial concreto; el marco que precisamente es, en sí mismo y por sí mismo, el objeto acotado de estudio. Bajo este prisma, se tratará de sostener que la concentrada concatenación de una serie de procesos, pertenecientes todos ellos a líneas teóricas diferenciadas, y de honda impronta transformadora, puede culminar derivando en el surgimiento de una suerte de continuidad histórica que puede explicarse, al menos parcialmente, en la comprensión de la suma de aquellos fragmentos – teleológicamente- interpretados.

Desarrollo

Política interna de una ocupación. Prácticas coloniales y políticas microeconómicas hacia un pueblo sometido

En mayo de 1977, el Likud llegó al poder en Israel, bajo la sombra de la insostenible situación de los territorios ocupados. Una de sus estrategias de campaña fue asegurar que al fin se produciría la anexión definitiva, aunque por supuesto, una vez en el poder, caería en la cuenta de que la anexión implicaba un cambio demográfico de *iure*; esto es, la asimilación de la población palestina, algo a lo que el sionismo no parecía en absoluto dispuesto. De modo que la década de los 80 comenzaba con un gobierno distinto, y con una estrategia política hacia los territorios ocupados no demasiado diferente en lo sustancial: control de *facto* sin anexión de *iure* (Pappé, 2017, p. 215). Si que hubo, y ello sin perjuicio de la continuidad del proceso colonial que venía desarrollándose desde 1967, una significativa vigorización del mismo de la mano del preponderante papel del *Gush Emunim*, el movimiento de los colonos, que ahora se vio respaldado por la estrategia política del propio Likud. Todo esto no era en realidad más que una vuelta a la carga de los veteranos ideólogos del viejo sionismo, pues en todo caso, es preciso subrayar que el impulso colonizador nació en 1882, y no exclusivamente en 1967, como muchas veces la historiografía parece afirmar (p. 216). Existía pues un compromiso ideológico: el Gran Israel, al que el nuevo Gobierno debía responder con la probidad de una consecuente estrategia de judaización de las tierras ocupadas; una judaización que necesariamente irá siempre acompañada de una desarabización consecutiva. De hecho, puede afirmarse sin estupor, la estrategia colonial se convirtió en elemento intrínseco del Gobierno; un elemento instrumental para garantizar una reducción de la presencia palestina en las tierras ocupadas.

Uno de los problemas de esta estrategia – aun cuando no es seguro que para todas las partes representase un problema-, fue la excesiva libertad de actuación que el Gobierno proporcionó a los colonos. Había, era necesaria, una estructura de control marco en cuyo seno no eran recibidas de buen grado las manifestaciones de violencia irracional que acontecían en algunas de las colonias más “ideologizadas”. El fanatismo particular nunca ha encajado de forma armónica con el aparato burocrático, aun cuando uno sea consecuencia del otro. Sin embargo, este “acoso privativo” soportado por los palestinos, acabó siendo tolerado en tanto que parecía ser visto como una acentuación de la presencia judía, especialmente en las, así calificadas, “áreas peligrosas”.

Los palestinos de Gaza y Cisjordania continuaban disfrutando pues de una “autonomía” formal y no interferente con la soberanía israelí (Bar-Siman, 1994, pp. 68-70). Ésta fue subrayada en 1979 por Moshé Dayan, en el marco de las conversaciones de paz entre Egipto e Israel. Por supuesto, la Organización para la Liberación de Palestina (OLP), tenía algo que decir al respecto, y lo dijo en su particular e idiosincrático lenguaje, lanzando una operación armada que acabó con

la vida varios ciudadanos israelíes. Esta circunstancia fue de hecho unos de los acicates para la invasión por parte de Israel del sur del Líbano, amén de otras consideraciones que posteriormente serán puntualizadas. En dicha invasión, merece la pena señalar, perderían la vida algunos miles de personas, la mayoría palestinos, en otra de las irracionales efervescencias de violencia que abrasan la tierra sobre la que los dos pueblos mantienen históricas reivindicaciones (Chomsky, 1983. Trad. cast, 2002).

Se desató entonces una guerra activa contra la OLP; una guerra cuyo objetivo esencial era aleccionar al mundo sobre la imposibilidad manifiesta de la existencia de cualquier alternativa al dominio unilateral de Israel sobre la ocupación. El futuro de Gaza y Cisjordania solamente concernían a la voluntad mesiánica del Estado Judío. Y en todo ello jugó un papel esencial Ariel Sharon, plenamente autorizado tras el desmantelamiento de las colonias del Sinaí en 1982 para acabar con la OLP. A este propósito servía la estrategia sharonista consistente en la invasión completa del Líbano. Sin embargo, continuaremos, antes de abordar la contienda libanesa, contextualizando otras políticas internas en el marco de ese concomitante proyecto de colonización.

Una de las primeras medidas que marcaron la pauta de la estrategia de Sharon en su afanosa búsqueda de una solución permanente, fue la supresión del Gobierno militar sobre los territorios ocupados, y su inmediata sustitución por la denominada “Administración Civil”, un organismo que, teóricamente, debía ocuparse de la gestión de aquellas cuestiones de los territorios ocupados no concernientes al ámbito de la seguridad. No obstante, esta premisa sería demostrada como un nuevo intento de confundir la pragmática realidad tras un agudo velo teórico: las acciones de esta Administración Civil debían ser aprobadas por un General de las Fuerzas Armadas israelíes, con lo que, de *facto*, el organismo era un brazo más del ejército. Por otro lado, la abolición de ese Gobierno militar puso de manifiesto que la ocupación no era tal cosa en realidad, al menos no en los términos en que ésta es contemplada por parte de la legislación internacional; y desde luego, en ningún caso a efectos de provisionalidad.

Sin embargo, ninguna de estas medidas -la destrucción de la OLP o la supresión del Gobierno militar-, conformaron la actividad prioritaria en el programa estratégico de Sharon. Su actividad principal fue, de hecho, la exponencial intensificación de las prácticas coloniales, implementando la consciente expansión de las zonas judías en los territorios de Gaza y Cisjordania (principalmente en ésta última). Algunas colonias judías, adoptaron tácticas expansionistas basadas en conductas reprobables hacia los palestinos, y ello fue poco a poco conformando una simiente de ofuscación, rencor y desprecio, que durante toda la década de los 80 iría dejando algunos destellos aislados, una suerte de emanaciones espontáneas que, contempladas en su conjunto, permiten atisbar un rastro, un sendero conducente a explicar de una forma cuasi mística la reacción colectiva de 1987, una reacción más allá de una fenomenología aislada o individualizable; más allá de un acontecimiento impulsor genuino. Así, a modo de ejemplo, surgieron grupos como “La Clandestinidad Judía”, de marcado carácter terrorista, cuyos miembros fueron sorprendidos preparándose para la perpetración de atentados criminales contra los templos ubicados en la zona sagrada musulmana de Haram al Sharif (Gorenberg, 2000, p. 128-137).

En este orden de cosas, otra de las medidas clave para explicar la creciente atmósfera de tensión supurante en cada acontecimiento de la década de los 80, y que buscaba la efectiva consolidación de una nueva y a todas luces unilateral realidad sobre el terreno, fue la aprobación de la Ley de 30 de julio de 1980 por la que se concedía a Israel la soberanía exclusiva sobre la ciudad sagrada de Jerusalén, desoyendo todas las resoluciones de Naciones Unidas al respecto, e instaurando así uno de los puntos más problemáticos en los intentos históricos de paz entre ambos pueblos. Emergieron numerosas voces de condena sobre esta particular medida, pero bien la muda inoperancia de estas, bien la sordera crónica de Israel ante los intentos externos de influir en su política, mostraron una vez más el aura de inmunidad de que gozaba el Estado Judío.

Se considera pertinente invocar algunos apuntes más sobre la estrategia de implementación colonial del nuevo Gobierno. La sublevación que este estudio pretende diseccionar -de modo contextual-, revestía todos los rasgos particulares propios de un movimiento anticolonial, reactivo ante un lento proceso de anexión que había acabado por instaurar una relación de dependencia integrada, proyectada sobre la vida diaria de los palestinos (Pappé, 2007b, pp. 320-321). Así, uno de los principales óbices para la consecución de una expansión colonial uniforme, fue la problemática jurídica de “legalizar” la expropiación de tierras, que había sido judicialmente acotada a terrenos “públicos”. Sharon precisaba de una fórmula legal que avalase la confiscación de todo tipo de terreno con independencia de su calificación público-privada, pues de otro modo sus ansias expansionistas y judaizantes habrían encallado en un auténtico problema de índole práctico. Y encontró dicha fórmula redefinitoria de la propiedad con la ayuda de uno de los burócratas pertenecientes a la autoridad militar. No resulta oportuno a los efectos teórico-explicativos de este artículo, puestos al servicio de una interpretación teleológica particular, abundar exhaustivamente en este matiz jurídico, pues su complejidad requeriría una abundante digresión textual. Baste señalar que la fórmula fue hallada e implementada, recurriendo a preceptos de la antigua legislación agraria otomana del XIX para recalificar tierras palestinas como *mawat* -tierras muertas-, legitimando así, incluso retroactivamente, la apropiación potestativa por parte de Israel de cualquier terreno ubicado en Cisjordania o en la Franja de Gaza. Una poderosa herramienta de colonización basada en la confiscación caprichosa, que permitió que para 1985, Israel se hubiera apropiado de más de 2.150.000 *dunam* de terrenos palestinos, casi un 40% de Cisjordania (Zertal y Eldar, 2007, pp. 100-102).

Por supuesto, esta anexión se redujo meramente al territorio, pues nunca ha estado dentro de los propósitos expansionistas de Israel el asimilar a la población palestina que en ellos se ubicaba, lo que en la práctica ha supuesto uno de los mayores y más aberrantes sinsentidos del conflicto: dejar a una población entera -hombres, mujeres y niños- sin un estatus propio; sin una ciudadanía, sin unos derechos reconocidos y sin una tierra propia en la que llevar a término su proyecto vital. Una vez más se revela en esta circunstancia el profundo y sólido cariz de etnicidad que envuelve todas y cada una de las acciones. Además, paradójicamente, ni siquiera el fin de la

intifada y el pretendido proceso de paz de Oslo, que quizá debiera haberse pronunciado sobre estas cuestiones, pues son las mismas sobre las que se vertebra una estructura que es precisamente la que obstaculiza la consecución de la paz, sirvieron para introducir modificaciones sustanciales a este proceso de aprehensión espacial. De hecho, al proceso de paz le siguió la aprobación de una considerable cantidad de decretos que procuraban un fértil impulso para nuevos asentamientos y sofisticadas construcciones, muchas de ellas de uso exclusivo “judío” (Pappé, 2017, pp. 223-227).

En el caso de Jerusalén Este, también anexionada, la mayor parte de terrenos eran privados, con lo que, en la práctica, y más aún dado el estatus peculiar del enclave, planteó un incremento en las complejidades técnicas para acometer los propósitos sionistas. No obstante, el Gobierno israelí supo hacer frente a estas adversidades, y recurriendo esta vez a un particular *corpus* legislativo de tiempos del Mandato Británico, consiguió aprovisionarse de una sólida maquinaria de expropiación “legítima”.

En conclusión, los comienzos de la década de los 80 estuvieron políticamente marcados por una renovada estrategia que no substituía, sino que más bien blindaba, los parámetros ideológicos informadores de las políticas sucesivas de 1948 y 1967, eliminando esta vez todo atisbo de ambigüedad, gracias a un enfoque sistemático capaz de fusionar y consolidar la abstracción ideológica de un imaginario sionista con una estrategia pragmática y efectista capaz de desplegar acciones individuales sobre el terreno. Años después, incluso miembros del propio Gobierno israelí como Gad Yaacobi, ministro de economía, reconocerían la importancia que jugó esta “anexión de facto paulatina”, para conformar, consolidar y espolear una “militancia creciente en el seno de la sociedad palestina” (Pappé, 2017, pp. 223-227).

Otro factor interno que merece ser invocado en este estudio, en tanto que muchas veces ha sido señalado como la principal causa de la sublevación es el económico, del que se tratarán exiguamente algunas nociones esenciales.

Hasta la primera intifada, se mantuvo vigente entre Israel y los territorios ocupados una relativa interacción económica, que más que un auténtico reconocimiento hacia los palestinos como agentes de producción o actores económicos genuinos, se basaba en una política de oportunidad, de aprovechamiento y, hasta cierto punto, de instrumentalización. En efecto, esta pretendida interacción sirvió muchas veces para justificar ciertas prácticas israelíes: no puede argüirse que una población ha sido abandonada o excluida, si en efecto se ha brindado a la misma la posibilidad de formar parte de un proyecto de construcción económica. La realidad no es nunca tan sencilla. Hacia 1980, aproximadamente 100.000 trabajadores contratados palestinos, pertenecientes a las zonas ocupadas, tenían empleo en Israel. Asimismo, estas zonas se convirtieron en uno de los destinos preferentes para las exportaciones israelíes. El flujo económico se mantenía activo entre ocupados y ocupantes. Y, sin embargo, la realidad se llena de sombras cuando se arroja luz sobre las condiciones laborales que imperaban en ese mercado, tan alejado de la equidad como todas las demás prácticas, cualesquiera que fuera su ámbito, implementadas por los burócratas israelíes sobre esos territorios. Así, se proveyó a muchos palestinos de empleo, se les remuneró por

sus servicios laborales prestados, se les asignó una ocupación y un sustento, un modo respetable de ganarse la vida; y, sin embargo, a pesar de esta aparente intencionalidad, basada en permitir la participación efectiva de los palestinos en una sociedad que les había sido, por otra parte, impuesta, en el proceso, fueron relegados a segundo plano una serie de pormenores: derechos laborales, seguros de salud, sindicatos, derechos sociales, etc. Ésta acostumbrada práctica laboral, se arrastró sigilosa en el tiempo, consolidándose en su ignominia; acartonándose en su forma y en su contenido; desplegándose hacia unos contornos de impronta segregacionista, oportunos para amoldar una intencionalidad enmascarada: el aprovechamiento, la explotación, el voraz capitalismo israelí en su máximo exponente. Por supuesto esta actitud general, como cualquier otra de similar naturaleza, acaba por desplegar funestas consecuencias. En este caso, ese sigiloso y elusivo proceder desencadenaría durante el “despertar” de la sublevación, especialmente en un momento de violencia culminante desatado durante 1989, una serie de execrables atentados por parte de una serie de empleados palestinos contra la vida de sus empleadores israelíes. Esta sucesión de actos atroces traería a su vez como consecuencia una nueva política laboral limitativa para los palestinos en Israel; de nuevo, una relación de causa-efecto que se retroalimenta en el tiempo hasta elevarse al infinito.

La situación socioeconómica de los territorios ocupados mejoró durante la ocupación. Esta afirmación no puede ser negada desde el prisma de ciertos parámetros de ponderación y medición económica; por cierto, los mismos parámetros usados por los israelíes para calibrar la situación. Los ingresos mensuales de los trabajadores palestinos habían experimentado incrementos de hasta un 15% en comparación con períodos anteriores a 1967 (Tamari, 1980), y, de hecho, sería esta notable mejoría la que con posterioridad a la sublevación constituiría uno de los fundamentos teóricos de los israelíes para tratar de dotar de una “explicación racional a la barbarie”. En efecto, la línea de hipótesis que aquí se maneja, discrepa sustancialmente de este análisis, pues aun cuando en el mismo se trabaja con parámetros de aceptable rigor histórico, es una teorización profundamente tangencial en fondo y forma. El modelo económico implementado en los territorios ocupados adoptó la idéntica forma de las economías coloniales desplegadas durante los períodos de mayor auge de colonialismo europeo. Una política que generaba una absoluta dependencia con respecto a la colonia; una suerte de vínculo inextricable generado entre el colono y la subyugante potencia colonial. En la práctica esto se tradujo en la total ausencia de una infraestructura económica capaz de promover un verdaderamente rentable flujo de capitales en los territorios ocupados; en definitiva, ausencia de elementos promotores del ahorro o de la inversión por y para los colonos, lo que, acompañado de un sustancial aumento del nivel de vida, relativizaba hasta el absurdo la entidad de los incrementos salariales (Roy, 2016).

La economía es, en esencia, un flujo de activos basado en el equilibrio. Durante los años de ocupación que se tratan en este estudio, existen estimaciones que sitúan una absorción de un superávit aproximado de dos billones de dólares de beneficio por parte de Israel, generados en los territorios de Gaza y Cisjordania (Hilal, 1976, pp. 205-210; Tamari, 1980 y Roy, 2016). Como puede verse, el éxito del proceso de modernización económica de estas áreas era bastante relativo. Los israelíes inundaban los territorios con sus productos, es cierto, pero mientras, los bienes de

consumo precapitalistas generados por los palestinos no encontraban una posición en el mercado susceptible de emplazarlos en un plano de igualdad con los bienes de la potencia colonial. Si todo este conjunto de circunstancias no resulta suficiente para desmitificar uno de los argumentos más enfáticamente sostenidos por algunos de los analistas de la primera intifada -esto es, la emergente preponderancia socioeconómica que había traído la ocupación a los pueblos ocupados-, quizá sirva mejor para tal fin traer a colación algún elemento más perceptivo, como por ejemplo, la comparación salarial entre los trabajadores palestinos y sus homólogos judíos, o los arbitrarios niveles de imposición fijados por los burócratas. Todo ello, como no podía ser de otra forma, derivó en la ruina de las principales industrias de subsistencia palestinas: la agricultura y la ganadería, provocando que miles de aldeanos se vieran obligados a abandonar sus tierras (un escenario, por cierto, idílico para los propósitos sionistas). El recurso revolucionario parece incluso más apremiante ahora, estudiada la dinámica microeconómica de un modelo perfectamente diseñado para garantizar la inhabitabilidad de unos territorios determinados; o al menos, para una parte de la población de estos.

De un modo tan vehemente como agudo, Pappé sostiene que la sublevación fue: “una explosión universal de desesperación, frustración e ira reprimidas contra la explotación económica, la expropiación de tierras, el acoso diario, los asentamientos judíos, y la sensación de que no había salida para la larga ocupación” (2007b, p. 322). Por supuesto, quizá a todo ese torrente de queda animadversión, habría que sumarle toda una serie de discrepancias históricas, étnicas, ideológicas, y más importante aún, religiosas; todas ellas enquistadas hasta lo más profundo de una psique dividida en la forma de dos pueblos irremisiblemente enemistados. Y, sin embargo, habían transcurrido casi 20 años desde la Guerra de los Seis Días; casi 20 años de soportar estas actitudes; de interiorizarlas hasta el borde de la experiencia cotidiana. ¿Qué sucedió entonces? Más que un resorte, más que un detonante definitivo y totalizador, hemos de buscar una inspiración, un paradigma que alumbró la llama de la rebelión.

La Guerra del Líbano. Implicaciones de la invasión israelí y de la resistencia de Hezbollah para el imaginario palestino

El nuevo Gobierno del Likud estaba firmemente decidido a poner fin a la cuestión palestina, y Sharon asumió prontamente el compromiso de invadir el sur del Líbano como parte de una estrategia general que incluyese ese planteamiento prioritario, sobre todo a la luz del sustancial incremento de operaciones de resistencia palestina en esta región. El antecedente directo lo encontramos en un incidente, mencionado ya con anterioridad, acontecido en 1978, en el que la OLP secuestró un autobús repleto de israelíes a los que más tarde ajusticiaría en lo que a todas luces merece ser calificado como una operación deplorable. Dicho incidente propició la intromisión del Ejército israelí en la guerra civil libanesa, acompañada de la ocupación del sur del Líbano y de la creación de su propia milicia para la zona: la ESL, que acometió feroces operaciones consistentes

en bombardeos que costaron la vida a miles de seres humanos (Fisk, 2002, pp. 137,138). La OLP se convirtió en uno de los principales objetivos a batir en la estrategia política del nuevo Gobierno, y Sharon procuró afanosamente que se aprobara una ocupación completa, acompañada por supuesto de una dura política para los territorios de Gaza y Cisjordania: resultaba preciso sofocar toda eventual manifestación de resistencia, incluso antes de que ésta se produjese. Las intervenciones exacerbaban exponencialmente la tensión triangular imperante. En 1981 se produjo una oleada de durísimos enfrentamientos, que alentaron a la búsqueda de un alto el fuego para finales de ese mismo año, aunque, sin embargo, no duraría mucho.

El 3 de junio de 1982 se produjo un atentado contra el embajador israelí de Londres, a manos de asesinos enviados por Abú Nidal, un supuesto miembro de la OLP. Así dio comienzo la operación “Paz para Galilea”, cuyos objetivos, si bien no claramente definidos *ad initium*, eran la invasión total del Líbano, la ocupación de Beirut, la expulsión de los sirios, y la instauración de un Gobierno proisraelí gestionado por unas milicias cristianas, los maronitas, uno de los principales apoyos de la ESL -amén de la destrucción total de la OLP. Todo esto se saldó con un conjunto de atrocidades que quedaban comprendidas dentro del marco general del plan de invasión, y que acabarían siendo registradas como “crímenes de guerra” por parte de un informe de la ONU redactado por el irlandés Sean MacBride -si bien, absolutamente ignorado por parte de la comunidad internacional (Perlmutter, 1982, pp. 66-84).

La guerra del Líbano, y en particular la intervención israelí, trajeron consigo una serie de funestas consecuencias para el país: gran parte de Beirut quedó completamente devastada; las principales ciudades quedaron asoladas bajo las intensas lluvias de bombardeos masivos y sistemáticos. Pero más allá de las inminentes consecuencias fácticas, esta guerra planteó por primera vez, si bien sutilmente, un cambio en el paradigma mental de, al menos, parte del pueblo israelí. En efecto, si no incidió directamente sobre el intocable *ethos* judío, algo reverberó en el *pathos*, no sólo de Israel, sino del conjunto de la comunidad global, especialmente a partir de 1982. La ciudadanía concibió la implicación de su país en la guerra como un objeto de controversia, aun cuando la causa de esta percepción se debía más al constante aumento de bajas israelíes que a la desolación del Líbano. Se convocaron asiduamente enérgicos movimientos de protesta para instar al fin de la guerra, al fin del constante asesinato de compatriotas judíos. Sin embargo, en términos históricos, empero el hito del cambio en el imaginario ciudadano, la naturaleza de estos movimientos de protesta fue demasiado introvertida como para propiciar un cambio en la actitud oficial, en particular en lo concerniente a la cuestión palestina. Uno de los momentos más controvertidos tuvo lugar en septiembre de 1982, cuando, fruto de la inaudita colaboración entre las Fuerzas de Defensa Israelí (FDI) y unas milicias maronitas (básicamente falangistas cristianos del sur del Líbano alentados por oficiales israelíes de alto rango), se produjo la masacre de los campos de Sabra y Chatila, en la que cientos de refugiados palestinos perdieron injustamente la vida. El incidente mereció la más enérgica reprobación internacional, y acabaría propiciando el cese de Sharon como ministro de defensa. Lo que no impidió que éste se convirtiera en primer ministro en 2001.

A lo que sin embargo aspiran las pretensiones teóricas de este artículo, es a sustraer, del conjunto del relato histórico, un extracto circunstancial que, a juicio de la narrativa secundada, imprimió un sello indeleble en la conciencia del pueblo palestino, hasta el punto de revertir la experiencia perceptiva de dicho pueblo con respecto a su propia situación. En este marco, dos concreciones resultan de preceptiva invocación: la destrucción del cuartel general de la OLP en el Líbano en 1982 y el exilio de la organización a Túnez, por un lado, y más enfáticamente, por ajustarse al propósito teleológico último del presente texto, el surgimiento de un nuevo movimiento radical islamista de corte chiita, Hezbollah, respaldado por el régimen iraní de Jomeini.

La ocupación implicaba sustanciales diferencias de hecho en el seno del pueblo palestino, proyectadas tanto sobre la forma de afrontar su situación, como sobre la persecución activa de sus reivindicaciones históricas. Por un lado, estaba la minoría palestina israelí, cuyo enfoque era la acción democrática sustanciada a través de un proceso pacífico de democratización (Rouhana y Ghanem, 1999, pp. 220-246); por otro, estaba la población de los territorios ocupados, que no gozaba ni remotamente de tanta libertad para expresar abiertamente sus objetivos políticos, y cuyo enfoque debía ser más sutil e imperceptible, básicamente para posibilitar que éste continuara existiendo. Uno de los pilares sobre los que se sustentaba este enfoque, era la firme creencia de que la ayuda provendría del exterior, en particular de fuerzas que habían mostrado solidaridad con su prolongado sufrimiento: la OLP, el mundo árabe, o incluso, la comunidad internacional (Pappé, 2007a, p. 314). Pero la OLP tenía sus propios problemas: una fragmentación crónica instaurada sobre la base de divergentes relaciones de clientelismo con diferentes países árabes, y que, si bien había conseguido atenuarse bajo un maquillaje de pretendida homogeneidad antes del Líbano, se puso por completo en evidencia tras el forzoso exilio a Túnez. En definitiva, la OLP, el principal organismo representativo de la cuestión palestina, se vio incapaz de formular una política consensual basada en la persecución colectiva de un objetivo común, lo que se tradujo en que el eje político palestino, cada vez más débil y distante, en ningún caso pudo ser percibido por la población ocupada como un auténtico guía para la persecución de su causa. Inmediatamente antes de la intifada, la OLP se afanó en la búsqueda de una cierta conciliación con la dinastía jordana hachemí respecto a los objetivos políticos de la cuestión palestina. Esta búsqueda se saldó con un mandato limitado otorgado al rey hachemita Hussein, que le facultaba para negociar con Israel sobre el destino de Cisjordania en representación de la organización. No obstante, el acuerdo culminaría en un fracaso que supondría la clausura del capítulo de la “opción jordana”, y el consecuente distanciamiento de los hachemís en toda implicación concerniente a Cisjordania.

De modo que la inspiración del pueblo ocupado para la satisfacción de su causa debió ser hallada en otro frente: concretamente, en la resistencia sin precedentes del Líbano; una resistencia encabezada por los fundamentalistas chiíes de Hezbollah, y secundada por los combatientes palestinos. Después de 1985, la milicia de este nuevo movimiento radical emprendió una campaña de resistencia basada en tácticas de guerrilla que provocaron centenares de bajas israelíes con aberrantes técnicas terroristas consistentes en inmolaciones, emboscadas, confrontaciones directas con el ejército, etc. Se instauraba así un nuevo modo de “hacer la guerra”. Una nueva forma de

hacer frente a los israelíes causando el mayor daño posible a sus sofisticadas y bien pertrechadas fuerzas armadas. La importancia histórica de este nuevo movimiento, de este nuevo enfoque, no ha sido todavía analizada con la profundidad y el detenimiento que merece. El surgimiento de Hezbollah, y la implementación de su particular y denostable aproximación hacia el conflicto, amén de su crucial desempeño en la contienda, introduciría una renovada conciencia, un diferencial *animus belli* en la actitud y en la experiencia palestina al respecto de la particular persecución de su causa. Este fue, sin duda, a los efectos teórico-explicativos de este trabajo, uno de los ejes en los que se basó el despertar de una conciencia propia palestina respecto a su posición histórica en el conflicto. Ahora, el pueblo palestino ocupado vislumbraba un sendero hacia sus pretensiones y, además, una metodología y un procedimiento para recorrerlo. Si bien, para que todo esto se produjese efectivamente, para que un proceder militar determinado o una actitud bélica concreta impregnase la conciencia de los pueblos ocupados, tuvo que acontecer necesariamente alguna circunstancia que pusiera en contacto ambos extremos. Se acepta generalmente la teoría explicativa de que fue precisamente el intercambio de tropas israelíes entre el sur del Líbano y los territorios ocupados, lo que coadyuvó a desdibujar las fronteras existentes, lo que definitivamente sirvió para conectar la conciencia de una resistencia incipiente, con una resistencia ya probada y efectiva, generando así un nuevo estado de cosas, una nueva forma de aproximarse a la ocupación por parte del pueblo ocupado (Pappé, 2017, p. 230).

Los “nuevos actores políticos”. El surgimiento de un islamismo político como el meta-fenómeno de una conciencia renovada

Fue a finales de los 80, y en parte como producto reactivo de muchos de los fenómenos expuestos, cuando se produjo la irrupción en escena de una serie de movimientos islámicos fundamentalistas -término académicamente reemplazado por el de “islam político”-. En concreto, Hamás y la Yihad Islámica en Gaza y Cisjordania, y el movimiento islámico en Israel (Roy, 2013; Ziad, 1993, 1994). Por supuesto, el interés puramente político de estos nuevos movimientos era muy tangencial, y en la práctica quedó eclipsado por otros aspectos. Una de sus más férreas posturas políticas era su hondo antiamericanismo, lo que en la práctica planteaba dificultades ostensibles para la materialización de un proceso de paz en el que Estados Unidos era casi siempre parte mediadora.

El surgimiento de todos estos grupos y su creciente intromisión en la política se asentó sobre un substrato ideológico incipiente basado en el genuino retorno a la religiosidad histórica por parte de ambos pueblos -palestino y judío-. La religión actuó como una vía fecunda para canalizar una presión enquistada en un profundo desarraigo, en la de-privación, en las discriminaciones, en el sinsentido. La religiosidad comportaba una práctica diaria, y por tanto una renovada fórmula cotidiana de aproximarse a intereses que trascendían el campo de la espiritualidad. Se empezó así a utilizar la religión como una suerte de justificación para los programas ideológicos más extremistas, legitimando en su nombre incluso el recurso a la violencia. Se creó una política religiosa identitaria – sobre la base de los movimientos mencionados-, cuya aspiración era, si no substituir

el nacionalismo, si reconvenirlo hacia una versión más extremista, más embriagada de una profunda intolerancia hacia el “otro”. El explicado fracaso de la OLP para siquiera proporcionar una mínima orientación a las abandonadas poblaciones de los territorios ocupados, derivó en la suscripción colectiva de un programa islámico político que vislumbró, en fin, una oportunidad para consolidarse en la constatación de un retorno personal de los palestinos hacia la recta religiosidad de un pasado anhelado. Como corolario a este orden de cosas, es de merecida mención, si bien no de abundamiento pormenorizado, pues no sirve a los efectos especulativos de este trabajo más que para ilustrar la siempre paradójica y contradictoria naturaleza de los acontecimientos que circundan el conflicto árabe-israelí, que el islam político, en sus orígenes, recibió un no desdeñable apoyo por parte del mismísimo Estado de Israel. Esta absurda contradicción se explica en que los políticos judíos percibieron que un refuerzo de este “sector” radical fundamentalista, actuaría como lógico contrapeso al tan temido nacionalismo árabe de la OLP, y más concretamente de Fatah (Ziad, 1993, pp. 6-20). Huelga decir que no imaginaron ni remotamente el alcance y las consecuencias que para su propio pueblo acabaría teniendo la instauración de estos movimientos, y su influencia histórica en la conciencia palestina.

La intifada de 1987; notas esenciales y aspectos peculiares de una sublevación sostenida en el imaginario temporal del pueblo palestino

Habida cuenta del ejercicio exploratorio que suponen los párrafos anteriores al respecto de la poliédrica naturaleza del levantamiento palestino, y la pervivencia temporal de muchos de los factores que convergieron hasta su detonación-, se aportarán simplemente algunas escasas consideraciones al respecto de la intifada y sus peculiares connotaciones en tanto que un alzamiento colectivo que, como algunos de los elementos analizados para explicar su origen, reviste una entidad que va más allá de su intrínseca relevancia histórica; una entidad que se proyecta sobre el *pathos* de un pueblo cuyas condiciones permanecen inamovibles en tiempo y espacio.

La intifada comenzó en diciembre de 1987 en los campos de refugiados de Gaza y Cisjordania. Los refugiados eran el sector más politizado de la sociedad, y precisamente por ello las principales víctimas de las políticas represivas israelíes antes de la sublevación. Si bien este episodio se presta difícilmente a una rotunda periodización, los expertos la sitúan en una franja temporal aproximada de seis años, en los que más de un millar de palestinos perdieron la vida, y más de 120.000 resultaron objeto de detenciones sumarias. La dirección de la rebelión recayó sobre el Comando Nacional Unificado, que formuló la estrategia a adoptar en colaboración con una serie de organizaciones creadas *ad hoc* para tal efecto. La *ratio essendi* de la campaña pivotaba en torno a una idea marco: recabar la atención internacional sobre la ocupación continuada, induciendo a la comunidad a adoptar una postura reactiva respecto a esta. En definitiva, suplicar auxilio a un mundo hasta entonces indiferente. La rebelión estalló, en contra de lo que sostiene una parte de la historiografía, de forma simultánea en varios lugares diferentes, comprendiendo una mezcla de actos de desobediencia civil, protestas, acciones violentas, e incluso ajustes de cuentas

internos con los llamados “colaboracionistas” (Human Rights Watch, 2001, pp. 48-49). En todo caso, como expone acertadamente Pappé: “la ineficacia de la reprobación internacional concedió la inmunidad que la ocupación estaba buscando para aplastar el levantamiento” (2017, p. 243); de lo que cabe colegir que la pretensión última de llamar la atención internacional no fue lograda en última instancia. Si bien este matiz merece ser cuestionado precisamente por ser la visibilidad una de las connotaciones principales de la sublevación, pues, si bien a largo plazo, el problema de la ocupación acabaría siendo visto como tal más allá de las fronteras israelíes gracias en parte a estos actos de resistencia colectiva.

En todo caso, y como última consideración al respecto de la intifada en el marco de las cuestiones que se han ido planteando, precisamente al hilo de ese paraguas de “inmunidad” con el que Israel manejó las diversas operaciones de represión, se ha de traer a colación otra de las razones explicativas de que la comunidad internacional no adoptase una postura condenatoria unívoca y definitiva al respecto de la ocupación; algo que ocurrió entonces, en 1987, y que ha continuado ocurriendo incesantemente hasta nuestros días. En los años subsiguientes a la sublevación, causó una conmoción generaliza el atestiguamiento de que una de las principales fuerzas impulsoras de la rebelión, había sido precisamente un movimiento político emergente que había declarado abiertamente la guerra a las costumbres, la forma de vida y la política occidentales: el islamismo político al que antes se ha hecho referencia, y más específicamente, Hamás. Más allá de las deleznable prácticas terroristas de este movimiento -de las que discrepan en parte algunos de los nuevos historiadores; una serie de objeciones que, hágase notar, en ningún caso suscribe este trabajo-, durante las últimas décadas del siglo XX y a lo largo del XXI, se ha venido produciendo la creciente internacionalización de un sesgo occidental islamófobo, auspiciado por la intensificación de las luchas de los grupos políticos islámicos -fundamentalistas- con las principales potencias de occidente. Luchas que en términos históricos se traducen en: atentados terroristas, matanzas, secuestros, invasiones, ocupaciones, bombardeos, enfrentamientos abiertos, refugiados, muerte, y desesperanza. De este modo, Hamás, grupo terrorista o movimiento liberador, según la versión a la que se atiende, trajo consigo, además de una oleada de asesinatos perpetrados contra civiles, el abanderamiento de la causa palestina bajo el pabellón de un islamismo fundamentalista de corte antioccidental. En otras palabras, el movimiento fundado en Gaza en 1987 y que se hizo cargo *ad initium* de la causa abandonada de los pueblos ocupados, ha coadyuvado, tanto por su naturaleza como por sus actos, a reforzar el armazón de inmunidad con que el sionismo se ha revestido históricamente para la consecución de su programa ideológico: un proyecto decimonónico basado en la creación del Gran Estado de Israel, y en su expansión inmisericorde a todas las áreas que conforman la región de la Palestina histórica; aún a costa de las gentes que la habitan. Por supuesto, el meta lenguaje recurrente de Hamás no ofrece lugar a dudas sobre su profundo antisemitismo, sobre su condena sistemática al Estado Judío, y más allá, hacia toda forma de vida occidental, lo que en la práctica ha contribuido a desdibujar las premisas básicas de su fundación, esto es, ser un movimiento armado para la liberación de la Palestina ocupada, y enfocar su lucha hacia la desposesión soportada, la colonización, la ocupación, y la política general de segregación aplicada en las tierras de Gaza y Cisjordania.

Conclusiones

A la luz de lo expuesto y de las circunstancias histórico-teóricas planteadas, cabe extraer las subsiguientes reflexiones:

En el plano teórico:

- Que una serie de procesos históricos que a priori gozan de singular relevancia interdependiente en sus concretos procesos individuales, analizados en su conjunto, acaban componiendo un retrato sumatorio; un mosaico de piezas que convergen en una serie de interrelaciones centrípetas que sirven a explicaciones globales dotadas de un sentido más profundo y omnicomprendivo que el obtenido con su mero análisis individual.
- Que la metodología empleada se ha confirmado óptima, por cuanto las intrincadas interacciones dadas entre los procesos históricos se comprenden mejor al servicio de una teleología concreta y a través de un análisis heurístico de los textos. Una comprensión que se antojaría exigua si no se renunciara, al menos en parte, al hermetismo estructuralista propio de este tipo de desgloses analíticos.

Desde el prisma histórico, se pueden substraer las ss. Consideraciones:

- Que el Estado de Israel ha venido practicando una política expansionista desde 1967, puesta enteramente al servicio de un programa ideológico nacional.
- Que desde esa misma fecha y en el marco de la ejecución de esa política, el Estado de Israel ha venido implementando con renovado énfasis una serie de prácticas propias de modelos colonialistas en los territorios -ocupados- de la Franja de Gaza y Cisjordania.
- Asimismo, que, en el marco de esas prácticas colonialistas, la población de los mencionados territorios, ha venido padeciendo una serie de circunstancias excluyentes que han supuesto un flagrante atentado contra sus derechos humanos elementales.
- Que, en contra de algunos planteamientos historiográficos, dentro del plano económico, en ningún caso puede hablarse de ningún tipo de mejora en el nivel socioeconómico de los pueblos ocupados desde la ocupación efectiva. Es más, la política económica ha venido siendo empleada como un instrumento más para garantizar la exclusión de un pueblo con respecto a un modelo de producción dado, coadyuvando así a su empobrecimiento y a su segregación.
- Que la controvertida invasión del Líbano por parte de Israel generó una reacción popular en forma de resistencia armada, y que fue precisamente en dicha reacción, o mejor dicho a raíz de la misma, cuando comenzó a consolidarse una conciencia revolucionaria en el imaginario del pueblo palestino -en particular en las poblaciones ocupadas.

- Una serie de fenómenos: el terror sembrado por Hezbollah y las nuevas tácticas militares desarrolladas frente a las FDI; las duras políticas represivas israelíes en Gaza y Cisjordania; el alejamiento -tanto físico como moral- de la OLP respecto al pueblo palestino y el consecuente sentimiento de abandono; el surgimiento de Hamás y de los movimientos del islam político, y la asimilación por parte de estos de la causa palestina; el ostracismo al que fue condenado el conflicto por parte de la sociedad internacional; todos ellos coadyuvantes a la gestación de un nuevo *statu quo* en los territorios ocupados.
- La puesta de la religión al servicio de un programa de radicalización y extremismo político. Su instrumentalización como recurso efectivo de convicción.
- Y, para concluir, la circunstancia fundamental—y en parte la culpable de que los acontecimientos expuestos no resulten tan solo una trayectoria histórica extinta, sino más bien un camino que exporta los basamentos básicos de esos acontecimientos hacia una proyección contextual presente-, que representa la gravísima problemática de que la lucha contra un acto de ocupación de dudosa licitud, haya sido asumido por parte de un movimiento fundamentalista y antioccidental que implementa prácticas terroristas que involucran a la población civil de ambos bandos. Es esta, a la luz del conjunto expositivo presentado en este *corpus* textual, la más ominosa y problemática circunstancia histórica de cuantas se han analizado, por cuanto sus intrínsecas consecuencias reverberan en el presente y se proyectan hacia el futuro, para dificultar la adopción de planteamientos resolutivos. En efecto, se antoja de muy difícil conciliación tanto para las potencias implicadas como para las “implicables”, satisfacer las pretensiones de una facción que recurre a prácticas criminales para hacer valer una serie de objetivos que, si bien a priori podrían ser considerados legítimos, acaban por oscurecerse tras el sombrío prisma del extremismo. Pudiera argumentarse, quizá de forma algo especulativa, que es el propio movimiento que abandera la lucha del pueblo palestino, su más inminente enemigo y su principal obstáculo en el lejano horizonte de su liberación.

Referencias

- Alvarez-Ossorio, I. (2001). *El miedo a la paz: de la guerra de los seis días a la segunda intifada*. Los Libros de la Catarata.
- Álvarez-Ossorio, I., & Izquierdo, F. (2007). *¿Por qué ha fracasado la paz?: Claves para entender el conflicto palestino-israelí*. Los libros de La Catarata.
- Bar-Siman-Tov, Y. (1994). *Israel and the peace process, 1977-1982: In search of legitimacy for peace*. State University of New York Press.
- Ben-Ami, S., Zarka, Y.C., Barash, J.A., & Yakira, E. (2002). *¿Cuál es el futuro de Israel?* Ediciones B.
- Bottomore, T.B. (1983). *Interdisciplinarietà y Ciencias Humanas*. (Trad. de Pérez Martín, J.G). Tecnos: Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura, UNESCO, Ediciones UNESCO.

- Calduch Cervera, R. (2003). *Métodos y técnicas de investigación en Relaciones Internacionales. Ciencias Sociales*. UCM.
- Chomsky, N. (2014). *The fateful triangle: the United States, Israel, and the Palestinians* (Updated edition, 2015 edition). Haymarket Books.
- Finkelstein, N. (2003). *Imagen y realidad del conflicto palestino-israelí*. Akal.
- Finkelstein, N. (1997). *The Rise and Fall of Palestine: A Personal Account of the Intifada Years*. University of Minnesota Press.
- Fisk, R. (2002). *Pity the Nation: The Abduction of Lebanon*. Nation Books.
- Gorenberg, G. (2000). *The End of Days. Fundamentalism and the Struggle for the Temple Mount*. Fres, Hardcover.
- Jenkins, H. (2006). *¿Por qué la historia? Ética y Postmodernidad*. Fondo de Cultura Económica.
- Naciones Unidas Departamento de Información Pública. (1989). *Las Naciones Unidas y la cuestión de Palestina*. Naciones Unidas.
- Pappé, I. (2017). *La cárcel más grande de la tierra. Una historia de los territorios ocupados*. Capitán Swing.
- Pappé, I. (2007). *Clusters of history: US involvement in the Palestine question*. Institute of Race Relations.
- Pappé, I. (2007). *Historia de la Palestina Moderna. Un territorio, dos pueblos*. Akal Ediciones.
- Perlmutter, A. (1982). Begin's Rhetoric and Sharon's Tactics. *Foreign Affairs*, 61(1), 67–83. <https://doi.org/10.2307/20041351>
- Rouhana, N., & Ghanem, A. (1999). The Democratization of a Traditional Minority in an Ethnic Democracy: The Palestinians in Israel. En I. Pappé (ed.), *The Israel-Palestine Question* (pp. 194-214). Routledge.
- Roy, S. (2016). *The Gaza Strip: The Political Economy of the De-Development*. (Expanded Third Edition). Institute for Palestine Studies.
- Roy, S. (2013). *Hamas and the Civil Society in Gaza: Engaging the Islamist Social Sector*. Princeton University Press.
- Said, E. (2002). *Crónicas palestinas. Árabes e israelíes ante el nuevo milenio*. Grijalbo Mondadori.
- Said, E. (1979). Zionism from the Standpoint of Its Victims. *Social Text*, 1, 7–58. <https://doi.org/10.2307/466405>
- Segev, T. (2001). *One Palestine, complete: Jews and Arabs under the Mandate*. Abacus.
- Shlaim, A. (2014). *The iron wall: Israel and the Arab world* (Updated and expanded edition, Second edition). W.W. Norton & Company.
- Tamari, S. (1980). *The Palestinians in the West Bank and Gaza: the Sociology of Dependency*. Croom Helm.
- Tkocz, I., & Trujillo Holguín, J.A. (2018). Historia y sus métodos; el problema de la metodología en la investigación histórica. *Historia Editorial*, 6(1), 117-139.

- Topolski, J. (1984). *Metodología de la Historia*. (Tercera edición). Catedra; Historia Serie Mayor.
- Warschawski, M. (2002). *Israel-Palestina: la alternativa de la convivencia binacional*. Los Libros de la Catarata.
- Zertal, I. (1998). *From Catastrophe to Power: The Holocaust Survivors and the Emergence of Israel*. University of California Press.
- Zertal, I., & Eldar, A. (2007). *Lords of the land: the war over Israel's settlements in the Occupied Territories, 1967-2007*. Nation Books.
- Ziad, A. A. (1993). Hamas: A Historical and Political Background. *Journal of Palestine Studies*, 22(4), 5-19.
- Ziad, A. A. (1994). *Islamic Fundamentalism in the West Bank and Gaza*. Indiana University Press.

Autor

Alejandro Piñuela de las Heras. Posgraduado con un Máster en Derechos Humanos por la UNED, con especialidad en migraciones, elementos extranjeros y conflictos internacionales, y graduado en Derecho por la Universidad de Valladolid, España. Asimismo, titulado con un Máster Propio en Estudios Audiovisuales y actualmente cursando otro Máster propio en Unión Europea. Actualmente lleva a cabo estudios doctorales en el programa de Historia Contemporánea de la UAM, investigando sobre las relaciones Hispano-Israelíes en el marco del conflicto, en preparación de una tesis relativa a la construcción de la Memoria de ese conflicto en el imaginario occidental. Ha participado en seminarios y simposios académicos relativos a diversos ámbitos, como la Historia de la Seguridad y Fronteras españolas durante el reinado de la Casa de Austria, o Derecho Constitucional y político. Asimismo, ha centrado la mayor parte de sus trabajos académicos en cuestiones de Derecho Internacional, migraciones, conflictos armados y sus consecuencias sobre las poblaciones y colectivos vulnerables.

Declaración

Conflicto de interés

No tengo ningún conflicto de interés que declarar.

Financiamiento

Sin ayuda financiera de partes ajenas a este artículo.

Notas

El artículo no se desprende de ningún proyecto previo. Se trata de un artículo teórico elaborado en el marco de una investigación genuina sobre el conflicto árabe-israelí y sus consecuencias para la población de los territorios afectados.